

diente y categórica que las demás notas hasta entonces recibidas, pero en suma, si la confianza renacía, lo cierto era que á Rusia no se le daba la satisfacción que reclamaba, y por lo tanto fué necesario que los embajadores enviaran nueva nota, reclamando dicha satisfacción, esto es, el arreglo de la cuestión de los Principados; pues todo lo demás lo concedía Rusia, pero á esta nueva reclamación el gobierno turco no dió respuesta.

En este estado estaban las cosas cuando recibió la Puerta noticia de la sublevación de Chios, lo que la puso tan furiosa que ya desde aquel momento no le quedó más remedio á Austria, que dirigía las negociaciones, que el hacerse la ofendida, dejando á Inglaterra la continuación de las gestiones pendientes.

Interrumpidas las relaciones entre Austria y la Puerta, lord Strangford lo primero que hubo de procurar fué que se reanudara, y para conseguirlo, indudablemente le daba gran prestigio la nación que representaba, y su posición especial en Constantinopla.

Convencido estaba el gobierno de Turquía de la leal cooperación de Inglaterra y de la firmeza de su apoyo. Sabían sus hombres de Estado que los intereses de Turquía eran los mismos que los de Inglaterra, y que la conservación del imperio Otomano, de que siempre hablaba Inglaterra, no era una simple frase retórica, sino la exacta expresión de una resolución formal de velar por su integridad. Así nadie tan enérgico como el gobernador de las islas Jónicas, Tomás Maitland, contra los griegos, á quienes molestaba cuanto podía, habiendo en más de una ocasión salvado á la escuadra turca de los buques de Miaoulis, cuyos buques apresaba como corsarios cuando iban á Corfú á presentar las reclamaciones del almirante griego.

No era menos franca la actitud de lord Strangford, que sentía para los griegos la más invencible, la más *tory* repugnancia y aversión; así todo concurría á dar á Strangford una situación tan dominante en Constantinopla, que bastó la retirada de Austria para quedar de hecho convertido en árbitro de los destinos de Turquía. Así á las primeras observaciones que hizo para desagrar á Austria, contestó Turquía diciéndole que, habiendo vacado los grandes mandos en el ejército de los Principados por fallecimiento de los que los disfrutaban, sus puestos no se ocuparían por nadie, y que ya había empezado los trabajos para darles nuevos hospodares. Estas declaraciones quiso el embajador inglés que se hicieran también á Austria, y el ministro turco condescendió á ello,—20 de Abril de 1822,—precisándolas aún

más. Sin embargo, no era posible restablecer la armonía sino se llegaba á formar opinión exacta sobre lo que pasaba en los Principados, pues mientras Rusia y Austria los presentaban devastados por los genizaros y turcos, la Puerta negaba todo lo que se le decía, y que era en verdad atroz, pues se llegó á destruir por el fuego en Jassy á quinientas casas.

Strangford quiso cerciorarse de la verdad, envió correo á Bukarest, y éste, al regresar el 24 de Abril, le confirmó, la verdad de los horrores que se contaban de la administración turca, la que le hizo enviar al día siguiente una comunicación terrible á la Puerta en la que le decía que estaba avergonzado de haber servido durante tanto tiempo de intermediario de los embustes de la Puerta, y de haber engañado de esta suerte á su gobierno. La Puerta, cogida las manos en la masa, contestó dando la orden inmediata de evacuación, y para que se reunieran en Constantinopla los boyardos que tenían derecho á elegir á los hospodares. De modo que al fin parecía todo arreglado y el triunfo de la diplomacia inglesa definitivo, puesto que, como hemos visto hasta aquí, la Puerta se lo concedía todo á Rusia, menos el arreglo de la Moldavia y de la Valaquia, cuando ahora comparece Metternich con su Memorandum del que ya hemos hablado, y por consiguiente reaparece el artículo V del *ultimatum* ruso, relativo á la pacificación de Turquía.

Alejandro, en vista de lo que le dijo Tatichev y lo que se le decía de Constantinopla, creyó que ya era llegado el caso de tomar una resolución para cumplir lo que se decía en el Memorandum, y propuso que se celebrara en Viena una conferencia, á la que asistirían igualmente los turcos para tratar de la pacificación. Tatichev y el conde Hatzfeld partieron, en efecto, para Viena; llamóse á Strangford, y puede juzgarse de la sorpresa y del estupor de éste al verse metido en una política que no era la suya propia ni la de su gobierno. Así escribió confidencialmente á Metternich, rogándole que le impusiera de lo que se trataba, y entonces supo que aquella era una conferencia previa, para tratar de todos los asuntos internacionales pendientes, menos los de Italia, y la reunión preliminar de todos los príncipes en Verona, que estaban esperando en Viena á Castlereagh que no compareció á causa de encontrarse ya enfermo.

Cuando Djanib supo la reunión de Viena, trató á Strangford con la mayor dureza, declarándole que desde aquel momento Turquía no consentiría á potencia alguna que se entrometiera en sus asuntos; y aún no le había pasado el sofocón al ministro in-

glés, cuando recibe órdenes de Castlereagh severísimas, sobre la actitud de Turquía, órdenes que Metternich declaró que le satisfacían del todo.

Este cambio en la política de Inglaterra, debióse á la catástrofe de Chios que avergonzó á los mismos paladines de Turquía. El pueblo y el Parlamento mostraron tan á las claras su indignación, que Castlereagh no tuvo más remedio que ceder á la opinión.

Strangford tenía ahora por misión la de convencer á Turquía á que enviase sus delegados á Viena, en donde había ya llegado Nesselrode precediendo á Alejandro, de lo que no quería oír hablar siquiera Djanib. Como Strangford tenía orden de presentarse á Viena para imponerse del acuerdo de las potencias sobre la pacificación, antes de partir pidió una audiencia á la Puerta que le fué concedida, y en esa audiencia,—7 de Agosto,—Strangford pretendió con mucha habilidad comprometer á Turquía para que asistiera á Viena, ofreciéndose él mismo á representarla. «Bien,—le dijo el enérgico y astuto Djanib,—y podéis declarar que nosotros hemos cumplido lo ofrecido á las potencias, y que ahora le toca cumplir á Rusia.» Pero que en cuanto á trato ni pacto alguno con los griegos, que esto era inútil que se esperase por parte de Turquía, pues no se conseguiría de ella acto alguno de esta clase, y con esta resolución explícita de Turquía tuvo que salir Strangford de Constantinopla para Viena,—8 de Setiembre.

Hubo el gobierno turco de presenciar la marcha de Strangford, como el que se llevaba la última esperanza de paz entre Rusia, Austria y Turquía, y el mismo Strangford había de sentirse preso de la mayor amargura al acercarse á la capital de Austria. ¡Pero qué sorpresa más grande le esperaba allí!

Alejandro venía convertido á su política. Kapodistrias se había quedado en San Petersburg. ¿Qué había pasado? Pues sencillamente que Alejandro había visto la cara á los revolucionarios en Rusia y Polonia y venía si no asustado resuelto á todo lo que se le pidiera para sofocar el movimiento revolucionario. En su consecuencia se entregó sin rebozo á Metternich y acabó por declarar al momento de partir los conferenciantes para Verona, que abandonaba á sus aliados la solución de la cuestión de Oriente, que lo que interesaba y él quería cumplir para llenar su misión, era destruir la revolución española y dominar la agitación política de Francia. De modo que cuando llegaron á Verona los delegados de Grecia la cuestión de Oriente se había ya dado por resuelta.

«El conde Metaxas al desembarcar en Ancona,

en donde tuvo que purgar la cuarentena, pidió permiso para atravesar el territorio romano. Pío VII, ese Papa lleno de humanidad, había fácilmente accedido á lo que se le pedía y apoyó su petición, dirigiendo al efecto un despacho á su plenipotenciario, en Verona, el cardenal Spina. En ese momento mismo, llegó el despacho de Metaxas,—3 de Noviembre,—en el cual pedía ser admitido en el Congreso, para defender su pueblo, «que había colocado su causa moral bajo la gloriosa bandera de Jesucristo, y que sometía así su suerte política á la religión y á la equidad de las potencias cristianas,» pero tan pronto se recibió este despacho rogaron los príncipes al cardenal que significara al conde que ni se le recibiría ni se le daría respuesta.»

»La respuesta á Grecia se la dieron los príncipes reunidos en Verona el 14 de Diciembre, en una circular en la que le decían: «que la coincidencia de la insurrección griega con las revoluciones de Nápoles y del Piamonte, no les permitía dudar del idéntico origen de todos esos movimientos, y que los jefes de la revolución griega se habían engañado si esperaban poder sembrar la discordia en el consejo de las potencias. Los soberanos estaban decididos á rechazar el principio de la revolución sin examinar de qué manera ni en qué país se presentaba.»

»Los delegados griegos abatidos, esperaban aún en Ancona, cuando se les juntaron el obispo Germanos y un hijo de Petrobey que llegaban con un mensaje importante para el Papa, mensaje que debía estrechar las distancias entre la nación griega y la Santa Sede y su Iglesia. Pero el Papa, dependía enteramente de Austria cuyas tropas ocupaban sus Estados y ni siquiera podía entablar esas negociaciones que tan gratas le eran. Los delegados tuvieron, pues, que regresar á su patria sin haber conseguido realizar sus deseos, y Jourdain al marchar distribuyó en Ancona, una especie de manifiesto destinado á defender á los griegos de la acusación que se les hacía de estar asociados á los carbonarios, revindicando para su revolución un carácter enteramente diferente del que tuviera toda otra revolución en cualquier pueblo que fuera.

»Metaxas, en su informe dirigido al gobierno provisional, procuró parar desde luego el golpe que querían dar los príncipes reunidos en Verona á la insurrección griega. «Se os ofrecerá,—decía,—una tregua y garantías para la seguridad de vuestras personas y propiedades; si aceptáis tales proposiciones estáis perdidos. Los príncipes nos abandonan, no podemos contar más que con nosotros mismos.»

Kolokotronis en una proclama como suya les dijo

á los griegos «que debían esperarlo todo de su fusil y de su espada.»

Strangford podía, pues, regresar á Constantino-  
pla lleno de contento porque podía volver á su política y reanudar sus relaciones con la Puerta, pero ya antes de llegar, la Puerta se le había adelantado hasta el punto de reducirlo á la impotencia, pues la Puerta siempre bien servida por su policía, supo tan por adelantado lo que se iba á resolver en Viena, que

decidió adelantarse á lo que le pudieran pedir las potencias.

Para ello era necesario anular al partido de la guerra que estaba en el poder. Se consultó á los genizaros y éstos resolvieron consentir que se diera al Peloponeso una situación parecida á la de los Principados á condición de que se les entregara á Chalet Effendi, su enemigo. El sultán se negó á tal indignidad. Entonces el anciano almirante, Abdullah



BIGNON

Pachá, muy querido del pueblo y de los ulemas, enteró al sultán de los manejos de su favorito con Chourchid-Pachá y los peligros que para Turquía envolvía su marcha política: entonces el sultán resolvió sacrificar á su favorito, le destituyó, y Chalet partió para su destierro, para Ykonium, en donde al poco tiempo fué decapitado.

El nuevo partido que subió al poder respetó en su puesto sólo á Djanib, convencido de su capacidad política y de su habilidad diplomática. Alí-Bey, el amigo de los cristianos, fué nombrado Gran visir, y sin perder tiempo se dió orden á los pachás de Asia y Europa que trataran bien á los rayas, y el nuevo almirante Chosrev-Pachá rivalizaba de celo con los que trataban con mayor dulzura á los griegos. Todo esto estaba ya hecho cuando Strangford celebraba el 30 de Enero de 1823 su primera conferencia con el nuevo gobierno, que le enteró como

se había ya cumplido la deseada evacuación de los Principados, y estaban en sus puestos los nuevos hospodars que ya no eran griegos sino del país.

Strangford gozaba al fin de tranquilidad, pero ésta le duró poco. A él, lo mismo que á Metternich y á Gentz, su auxiliar, que se burlaban de Alejandro y celebraban su habilidad, les duró poco tiempo la ilusión que se habían hecho de destruir á los griegos, porque habiéndose ya cortado el cuello Castlereagh y habiéndole reemplazado Canning, que en su juventud había cantado la libertad y esclavitud de Grecia, venía al poder obligado por la opinión á hacer algo en favor de Grecia.

Ya hemos contado cómo Canning quiso intervenir en Verona en favor de los pueblos meridionales y cómo abandonó á España. En cambio Canning cumplió su palabra á los príncipes reunidos en Verona. Reconoció á los americanos del Sud como

beligerantes, y lo mismo hizo, si bien algo más indirectamente, con los griegos; pues principió por reconocer la efectividad del bloqueo de la costa griega por la escuadra helénica, — 25 de Marzo de 1823,—enterando luego á Strangford, que debía prepararlo todo para un cambio radical de su actitud política, pues el gabinete británico lo que quería era reemplazar á Rusia en las simpatías de los griegos, declaración que anonadó al tory Strangford, que se apresuró á hacérselo saber á sus colegas y á

la Puerta, avisándoles que tan pronto se le precisaran las instrucciones en dicho sentido, enviaría su dimisión.

Claró está que en la actitud de Inglaterra influyeron tanto los acontecimientos de Chios, como la muerte de Castlereagh y el desastre de Dramali, que anonadó á los reyes en Verona, pues lo que menos esperaban era que Grecia pudiera escapar de las manos del pachá de Drama.

Iban á complicarse todavía más las cosas para



ALMIRANTE DUPERRÉ

Turquía, porque Alejandro, que se había dejado arrastrar por Metternich, más por despecho que por convicción, á la guerra contra las revolución española por la petulancia de los ministros ingleses en Viena y Verona, en donde decían, para que llegara á sus oídos, que no le dejarían hacer la guerra ni en España ni en Turquía; Alejandro, como todo hombre acostumbrado á obedecer los impulsos de su sangre mejor que los de su inteligencia, se empeñó en hacer su guerra de España y en hacer su guerra de Turquía. Así al regresar á Rusia, lo primero que hizo fué restaurar el crédito de Kapodistrias y reanimar el abatido partido militar. De suerte que si alguien resultaba burlado en toda esa comedia diplomática, eran Austria y su gran genio político Metternich.

Necesitaba ahora Rusia un pretexto para renovar sus exigencias y volver á apurar á la Puerta, inque-

ta ya por el silencio de Rusia en responder á su última nota, pues habían transcurrido cuatro meses sin hacerlo; pero pretextos los había de dar de sobra la situación de los Principados, víctimas de un desalmado brigandaje, y la severidad con que las autoridades turcas detenían á los buques que pasaban por los Dardanelos para asegurarse de sus tripulaciones y de su bandera.

Cerrando durante siglos el paso de los Dardanelos no se había podido conseguir aún que por ellos pudieran pasar más buques que los rusos, de aquí que el comercio mediterráneo enarbolará la bandera rusa para entrar en el mar Negro. Este disimulo, esta simulación, como se decía entonces, era notoria y consentida por Turquía, mas ahora la guerra que tenía soliviantadas á las autoridades turcas, bien convencidas de que cada buque ruso, que pasaba los Dardanelos, llevaba un refuerzo en hom-

bres, armas ó dinero á la insurrección griega, hacía que se procediera con verdadero despotismo en este punto, llegando hasta el extremo de que el mismo Strangford, dijo que no se podía dejar á Turquía el derecho de declarar de por sí buenas presas las que hacía.

Vieron claro los turcos que por el lado de esas reclamaciones iban á pasar los rusos, y para prevenirles, decidieron acceder á lo mismo que había pedido Alejandro en Verona. Este había dicho ó que Turquía conceda el libre paso de los Dardanelos á los pueblos mediterráneos, ó que cierre, como había hecho hasta aquí, los ojos á la simulación. Turquía levantó, pues, la prohibición de entrar en los Dardanelos.

Hase querido hacer de esto un mérito á Strangford. Strangford apresuró la realización del acuerdo tomado ya por el gobierno turco, que respetando la posición de Djanib lo exoneró con honor de su cargo para que no tuviera ahora que seguir una política contraria á la que hasta aquí había seguido, pero, como vemos, á nadie sino á la situación política se debe la libertad de comercio en el mar Negro, como no se quiera hacer honor de ella á la revolución griega que produjo ya tan grande resultado para el progreso de Europa.

Fué, pues, necesario volver de nuevo á la cuestión de la pacificación, y Saida-Effendi ó Saida-Pachá, que es el mismo personaje, sucesor de Djanib, tuvo que abordarla de nuevo, promovida ahora por Inglaterra. No debe, sin embargo, olvidarse que estamos ya en Setiembre de 1823 y que la guerra dura hace ya tres años.

Saida-Pachá le dijo á Strangford que no había dimitido, que si la guerra duraba era porque todos los aliados y amigos de la Puerta favorecían la insurrección, y que nadie podía exigir que se sofocara más pronto ó más tarde la insurrección, que la Turquía había cumplido lo que se le había exigido respecto de los principados, que se había entrado por el camino de la moderación, como lo probaba el que no había habido durante todo un año sentencia capital alguna por crimen de Estado, todo lo cual Strangford comunicaba á su gobierno y á Metternich quejándose de que se le exigiera á él que pidiera una pacificación sin darle á conocer los términos de la misma; Strangford, sin embargo, termina su despacho confesando que ignoraba que era lo que más convenía, «si libertar á Grecia de la opresión de los turcos, ó bien impedir que Grecia insurreccionada viniera á ser la presa de los rebeldes y el refugio de la canalla de todos los países,» de suerte que el tory

embajador continuaba alentando la ficción del levantamiento de Grecia como la obra de los partidos revolucionarios europeos.

Metternich, al ver ahora á Alejandro metido con Kapodistrias, se alarmó y de acuerdo con Hatzfeld, maniobró para que otra vez se reunieran los dos emperadores, único medio de impedir que se les escapara, según decía el canciller austriaco, y en efecto los dos emperadores se abocaron en Czernowitz, en la frontera de Galitzia,—primeros de Octubre,—pero Metternich cayó enfermo y no pudo salir de Lemberg en donde fué á verle Nesselrode.

Alejandro, al llegar se mostró tan irritado por la conducta de las autoridades turcas que mantenían aún tropas en los Principados, con pretexto de que era para retener el bandolerismo que atravesaba de continuo la frontera de Bessarabia, que amenazaba con presentarse en las provincias del Sud, pasar revista á las tropas y declarar inmediatamente la guerra. Desde el momento que no se daba para la guerra más pretexto que la no evacuación de los Principados, los diplomáticos se agarraron de ese clavo para impedir la guerra, prometiendo exigir de Turquía que diera completa satisfacción á Rusia, con lo cual Alejandro se mostró ó se dió por tan satisfecho, que consintió en enviar á Constantinopla un encargado de negocios para arreglar todo lo relativo al paso de los Dardanelos, lo que por todas partes se interpretaba como un signo de paz y de que iban á reanudarse las relaciones diplomáticas entre los dos imperios.

Claro está que esta exigencia de Rusia, Strangford la apoyó con toda su energía para impedir la guerra, pero ya en ese momento Turquía que creía que en Czarnowicht se iba á decidir la cuestión de guerra, habíase preparado formando un nuevo gobierno á cuyo frente puso á Ghalib-Effendi discípulo de Selim, al que había firmado en 1812 el tratado de paz de Bukharest, hombre inteligente y desprovisto de todo fanatismo así religioso como político. Djanib volvió igualmente al gobierno.

Minciaky, enviado por Rusia, llegó á Constantinopla siendo recibido con grandes honores y de una manera inusitada el día 22 de Enero de 1824, y para más agasajarle, el gobierno levantó el destierro á Danesis.

Existía en el nuevo gobierno una corriente favorable para Rusia, motivada por el resentimiento que se sentía por el cambio de conducta de Inglaterra agravada con el descubrimiento de una conspiración tramada por los jonios en Constantinopla y por la querrela surgida entre el dey de Argel é

Inglaterra, de la que ni siquiera se dignó Canning dar noticia á la Puerta. Por esto cuando Persia, en vista de la ninguna voluntad que mostraba Rusia en ratificar el tratado de límites entre los dos países, solicitó de Turquía la formación de una alianza entre los dos países contra Rusia, la Puerta se negó declarando que no quería dar á Rusia motivo alguno de queja.

Fácil, pues, había de serle á Strangford lograr que se diera á Rusia la satisfacción que reclamaba, y en efecto la obtuvo á cambio de algunas bofetadas diplomáticas que le dió Ghalib, y Rusia nombró embajador suyo en Turquía á Ribeaupierre. Strangford aprovechó las circunstancias para salir de Constantinopla á disfrutar la licencia que se le había concedido despidiéndose el día 1.º de Julio de 1824 de Metternich, á quien dejó ver claro la ninguna confianza que le inspiraba la situación política de Oriente. Strangford veía justo, sin embargo no sabía lo que veía, pero el velo iba á descorrérsele la prensa francesa en el momento mismo en que él había hecho ya su maleta para abandonar á Constantinopla.

*El Constitucional de Paris* había publicado el día 31 de Mayo de 1823, un extracto de un Memorandum de Rusia del que nadie tenía conocimiento, pero de cuya autenticidad nadie dudaba: este Memorandum daba al fin el modo de ver de Rusia respecto de la pacificación.

Puede juzgarse del efecto que causó en Europa por la suerte del gobierno de Ghalib que fué destituido. Djanib falleció á los tres días de la destitución de su jefe,—20 de Setiembre,—y la irritación contra Rusia y contra Inglaterra y contra todas las potencias cristianas de Europa, fué en Turquía más intensa que nunca, pues se consideraba burlada. El nuevo gran visir Mehmed-Selim-Siri-Pachá de Silistria se encargaba por orden del sultán del gobierno, bien á pesar suyo, pues no cesaba de decir que Ghalib era la columna de oro de Turquía, mientras él no era más que una débil caña, lo que no decía por falsa modestia sino por profundo convencimiento.

Metternich se sentía confundido y desairado, pues si se había de tratar de nuevo de la pacificación, entendía que se debía tomar por base su Memorandum y no el nuevo Memorandum en el que veía la mano de Kapodistrias, y no se equivocaba, pues el partido de la guerra en Rusia fué lo suficientemente hábil para saber explotar el efecto que había de causar en el ánimo del tsar la rendición de Cádiz y el fin de la revolución española. Con presentar, pues,

al tsar su programa político cumplido en Italia, Francia y España y solo en suspenso en Oriente, como una obra de la ingratitud de las potencias occidentales, tenía lo suficiente para encender el coraje del tsar que dió su aprobación al famoso Memorandum cuya divulgación dió por resultado el que ya se esperaba seguramente, esto es, que Turquía suspendiera desde luego la evacuación completa de los Principados y que Rusia no tuviera necesidad de enviar su embajador.

El famoso Memorandum, sin embargo, no aparecía en ninguna parte, y pudo la diplomacia creerlo una bomba de ensayo; pero es que Rusia quería llevar á todas las potencias á unas conferencias que debían celebrarse en San Petersburg al objeto de que desde allí se dictaran órdenes á Turquía. Entonces hubiera hecho su aparición el Memorandum. Pero á San Petersburg no quería ir Inglaterra que estaba sumamente disgustada por no haber recogido de su política en Verona fruto alguno, pues Inglaterra entendía que de la misma manera que ella había dejado que Francia hiciera lo que quisiera en España, Austria en Italia y Rusia en Turquía, se le debía dejar á ella intervenir en la pacificación de la América del Sud, pues la creía abierta para sus mercados. Metternich tampoco quería ir á San Petersburg, porque esto parecía prejuzgar la cuestión y era ponerse al alcance de Kapodistrias. Esta oposición hizo que la diplomacia rusa cambiase de táctica, y cuando ya nadie se acordaba del Memorandum, éste hizo su aparición en Viena y Londres el día 9 de Enero de 1824. La prensa francesa obtuvo inmediatamente conocimiento del mismo y le dió la mayor publicidad.

Decía este célebre documento:

«Que las mismas potencias que habían restablecido el orden en Italia y en España, debían igualmente poner término á la efusión de sangre que, durante tres años, no había cesado de correr por Oriente, y que, según todas las probabilidades, no contendría la cuarta campaña. El remedio se encontraría precisamente en un término medio entre los dos extremos, entre el restablecimiento de su dominación absoluta sobre los griegos, tal cual la entendía la Puerta, y la continuación de la rebelión, fin de los promovedores de tumultos en toda Europa. Rusia proponía, pues, que se deje á las islas griegas bajo el imperio de sus antiguas instituciones democráticas, y formar de la parte Oriental de la Heladia continental, de Thessalia, Beotia y Atica, de la parte Occidental, Epiro y Akarnania, y del Peloponeso con la isla de Candía, tres principados